



Simbología del agua en el espacio textual en la novela *Duerme* de Carmen Boulosa

Abelina Landín Vargas
Universidad de Colima

Y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel como iba a México, nos quedamos admirados y decíamos que aquello parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cúes y edificios que tenían dentro en el agua y todos de calicanto y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían si era entre sueños, y no es de maravillar que yo escriba aquí de esta forma porque hay mucho que ponderar en ello que no se como lo cuente: ver cosas nunca oídas, ni aun soñadas como veíamos.

Bernal Díaz del Castillo

(Historia verdadera de la conquista de México).

Resumen

En esta investigación se presenta un análisis simbólico sobre el agua de los lagos prehispánicos en la novela *Duerme* (1994) de Carmen Boulosa, para ello se recurre como plataforma metodológica a un texto de Gastón Bachelard y a otros teóricos del símbolo. Los principales resultados demuestran la reiterada presencia de dicho elemento vital y justifican su importancia en el espacio textual de la novela contextualizada al final de la época prehispánica y el inicio de la Colonia.

Palabras clave

Aguas prehispánicas, análisis simbólico, *Duerme*, Carmen Boulosa.



Symbolism of water in the textual space of the novel *Sleeping* by Carmen Boullosa

Abstract

In this investigation we present a symbolic analysis of the water found in the prehispanic lakes, we can find this in the novel of *Sleeping* (1994) by Carmen Boullosa. As for the methodology we rely on a text by Gaston Bachelard and also the use of other symbolic theories. The results demonstrate the repeated presence of this vital element and justify their study as an important element in the textual mexican contextualized novel, at the end of the prehispanic era and the beginning of the colony.

Keywords

Prehispanic water, symbolic analysis, *Sleeping*, Carmen Boullosa.

La fundación de México-Tenochtitlan es un tema fascinante, atractivo e interesante para quienes nacimos en este espacio geográfico. Al hablar de nuestro pasado histórico es común enorgullecernos y emocionarnos, sobre todo al conocer lo que fue el entorno natural de valles, montañas y lagos; así como admirar el espectacular escenario que conformó la gran Tenochtitlan. Aunque, al mismo tiempo, evocar esos recuerdos indudablemente nos hará recordar lo doloroso que fue la conquista armada y espiritual de nuestros antepasados por los españoles, en 1521, fecha en que se rinde la cultura mexicana.

Para fines de este trabajo no estudiaré la ciudad prehispánica ni su fundación, solamente analizo el agua, como objeto principal, y su comportamiento en los lagos prehispánicos, como elemento simbólico en la novela *Duerme* (1994) de Carmen Boullosa. La obra literaria con la cual pretendo entablar un diálogo sobre el espacio textual es debido a que en la novela podemos encontrar referencias constantes de los últimos años del México prehispánico, aunque también narra los albores de la Colonia.

Como soporte teórico me apoyo en un análisis simbólico-mítico: *El agua y los sueños* de Gastón Bachelard, principalmente. Asimismo hice un seguimiento puntual del agua de los lagos, a fin de que me permitiera ver su comportamiento en *Duerme* y conocer el por qué de su repetición.

Conviene señalar que, con base en una red semántica de lago es que me interesé en este estudio. La red quedó conformada por los siguientes vocablos: lago de agua dulce, lago de agua salada, aguas, canal, embarcadero, barcas estancadas, cántaros de agua, pocillos de agua, agua clara, aguas estancadas, Claire —del francés *clara*, en referencia a la claridad del agua—; sin dejar de reconocer que también existe relación del agua de los lagos con el rito del sacrificio y la leyenda de la Llorona, descritos en la novela.

Después de sufrir incontables vejaciones, los mexicas lograron establecerse en un islote del lago de Texcoco. La fecha de la



Interpretextos

11/Primavera de 2014

fundación de su ciudad, de acuerdo con antiguos códices, fue el año 1325 (León Portilla, 1992: 175). En el vasto territorio que actualmente conforma México, desde el segundo milenio antes de nuestra era hasta el año 1519, se desarrolló la excepcional civilización mesoamericana, compuesta de una gama de culturas originales: la olmeca, la maya, la mixteca, la teotihuacana, la azteca y la tolteca.

En la parte más elevada de la región cultural, como simbólica pirámide natural, se encontraba el Valle de Anáhuac o de México, corazón de Mesoamérica. Las aguas atrapadas entre una cadena de volcanes formaron cinco lagos de poca profundidad, en torno a los cuales se asentaron diversos grupos humanos, en épocas distintas. La zona resultaba muy atractiva por las ventajas militares y naturales que presentaba: contaba en el interior con eficientes vías de comunicación, y por la parte exterior estaba resguardada por las montañas.¹

Así, México-Tenochtitlan desplegó un orgulloso señorío sobre las aguas: el soberano azteca se convirtió en sinónimo de poder y dominio. Los tributos de los pueblos circunvecinos se desbordaron sobre la ciudad, tal y como lo narran los cronistas de indias, los misioneros, entre otros testigos. En *México prehispánico y colonial* (1967: 1), Eduardo Matos Moctezuma dice que en la época prehispánica:

Los primeros grupos vivieron de la caza y las frutas silvestres, y su periodo o etapa termina con el descubrimiento de la agricultura, que permite el asentamiento del hombre en aldeas permanentes. Gracias al desarrollo de la técnica agrícola, con el descubrimiento de los canales de riego, se logró mantener la productividad.

Tal ha sido la importancia que del agua en la conformación y desarrollo de la cultura azteca, recordemos que en este texto será analizado este elemento como parte del lago, un lago en decadencia cuyo espacio está ubicado en el periodo prehispánico y en el periodo colonial (1571), cincuenta años después de la

¹ Consultado en la Red Mundial el 29 de mayo de 2008. <http://www.selecciones.com/acercade/art.php?id=759>.

conquista española. Este espacio será comentado como espacio abierto, "inmenso", en términos de Bachelard.

Carmen Boulosa —escritora mexicana con una abundante obra literaria publicada: autora de 18 novelas, cuatro obras de teatro, 13 libros de poesía, entre otros escritos—, tiene la cualidad de ser una experta en ofrecer claves a sus lectores y acompañarnos en el apasionante juego que representa el texto literario; por tanto, no es casual que en *Duerme*, uno de sus dos epígrafes, hable precisamente de la calidad del agua:

Si como parecen pensarlo Avicena e Hipócrates, la mejor agua es la que más se asemeja al aire; la que más presto se calienta y se enfría; la que cuece en menos tiempo las legumbres, y en fin, la más ligera, entonces no hay ninguna preferible a la nuestra.

Cervantes de Salazar (citado por Boulosa, 1994: 4).

Simbolismo del agua: Sacrificio, curación y renacimiento

Desde el inicio de la novela, la autora indica que el agua será un elemento simbólico de gran importancia. Al respecto, en las primeras páginas del capítulo uno —titulado "La ropa"— menciona referencias al ritual del sacrificio que realizaba la raza mexicana antes de la llegada de los españoles:

La india regresa y vuelve a sentarse a mi lado. En una mano trae una piedra filuda, y en la otra un cántaro de barro. Frente a mis ojos golpea el uno contra el otro, para estar segura de que los veo. Me descubre, me acomoda alzada la cabeza, mirando mi cuerpo, y me clava con todas sus fuerzas la piedra en mi pecho desnudo, el izquierdo. Esta india quiere despellejarme, abrirme como lo hacen los suyos. No puedo moverme y casi no siento el corte.

[...]

—Alta nite— dice para sí, y para mí:

—No te haré mal. Ya pasó el dolor (Boulosa, 1994: 19-20).

Las líneas anteriores hacen referencia al sacrificio humano: la piedra de obsidiana, la forma en que la clava en su pecho izquierdo, indicando que es del lado del corazón. Esta práctica ri-

**Interpretextos**

11/Primavera de 2014

tual (no exclusiva de la cultura mexicana) fue muy criticada y castigada con la llegada de los españoles. Luego menciona Boullosa la “curación indígena” de que Claire es objeto, gracias a “la india de las manos tibias”:

En la herida abierta deja caer agua del cántaro. Al abrirme con la piedra, mi sangre roja se deslizó abundante por la piel, sin premura, a tibia velocidad. Ahora con sus dedos abre la herida, jalando cada uno de sus bordes a extremos opuestos, vuelca agua en ella, y a pesar de forzar los bordes de la profunda herida a una posición en la que debiera hacer sangrar más, la sangre deja de brotar. Con el paso del agua, el centro de la herida queda limpio, como si no fuera carne abierta. El agua sigue cayendo del cántaro, pero no cae sobre mi piel, es absorbida por la herida. Veo cómo una vena, en un gesto excepcional, bebe del agua a tragos, como si fuera la garganta sedienta de un polluelo. Ahora cierro los ojos. Trato de explicármelo. Los vuelvo a abrir. La india me envuelve en una sabanilla suave antes de poner sobre mí la manta (Boullosa, 1994: 20).

Este acto evidencia cómo la protagonista —que tiene el nombre de Claire en la mayor parte de la novela— acepta que le hagan la herida sin poner ningún obstáculo, que la sacrifiquen, pues tal curación le permitirá sobrevivir una vez que suba a la horca. Es mediante este vital líquido que ella adquirirá la inmortalidad.

De esta forma podrá suplantar al Conde de Urquiza, un español que enfrentó al virrey al organizar un levantamiento a favor de los indios, razón por la cual debió huir y luego buscó alguien que lo sustituyera. En este caso Claire, una pirata francesa vestida de varón, desembarcaba del Caribe cuando los sirvientes del Conde la drogaron para secuestrarla y la obligaron a reemplazarlo. Por tales motivos, ella permanece semiconsciente, y aunque intenta hablar, su estado no lo permite.

En el segundo capítulo, llamado “Muerte ajena”, hay referencias de que nuevamente le vacían agua en la herida abierta: “Creo recordar que mientras yo dormía ella derramó más agua del cántaro en la sedienta herida. Ahora sí me duele mi pecho” (26-27). Y líneas posteriores explicaba el significado del agua de los lagos con que la indígena pretende curarla:

Entramos a mi celda. Y digo entramos, porque la india de las manos tibias ha pedido permiso para entrar conmigo. Apenas cierran la puerta, pega su cara a mi oreja, para que nadie más la escuche decirme: "Señor. Caballero francés. Usted que es hombre vestido y mujer sin ropas no merece la muerte. No va a morir hoy en la horca, délo por seguro. Permita sólo que vacíe un poco más de agua en su herida. Es agua de los lagos de los tiempos antiguos. Es una agua tan limpia que estancada en ollas de barro desde muchos dieces de años no da muestra de pudrición o estancamiento. El agua tiene de cada lago, dulce o salado, de cada canal. Aquí revueltas. Es curación de nuestros padres y nuestros abuelos, y nunca ha sido puesta en un español. Era el agua tan limpia —sigue diciendo, mientras yo, de espaldas a la puerta, me abro la ropa y saco mi pecho izquierdo, abierto pero no sangrante— que nuestros abuelos no vaciaban en ella siquiera sus orines. A diario pasaban canoas a recolectarlos, y sacaban sus orines de Temixtitan y los barrios, de ellos extraían fijadores para pinturas y tintes, las que usaban nuestros magníficos artistas, y los húmedos donde remojaban los hilos para bordar o hacer telas. Entonces nuestras telas no eran blancas... De esas aguas he llenado el cántaro ayer a la noche, y hoy he vuelto a colmar por la mañana. Dos cántaros enteros protegerán tu sangre de la muerte. Éstas son aguas purísimas, no tocadas por las costumbres de los españoles, ni por sus caballos, ni por su basura. Usted que no eres hombre ni mujer, que no eres nahua ni español ni mestizo, ni Conde ni Encomendado, no mereces la muerte. Dicen que vienes del mar, que has estado con los que arrebatan a los españoles lo que se llevan de aquí. No mereces morir (p. 27-28).

Creemos que es uno de los párrafos más ilustrativos y con una enorme carga simbólica, pues en él la indígena le comenta a la francesa del significado que tienen las aguas puras, de ambos lagos. Y su creencia en lo medicinal de las mismas, pues detalla cómo le hacían sus antepasados para no contaminarlas ni con sus orines. Además, es reiterativa cuando le dice que gracias a esas purísimas aguas, libres de la influencia y costumbres de los españoles, ella no morirá. También cuando alude a lo milagrosas que son, pues como antes había señalado Cervantes de Salazar, que estancada en ollas de barro no daba señales de pudrición, e incluso le dice que contiene agua de ambos lagos.



En las citas anteriores la india presagia, de algún modo, que desde ese momento la vida de Claire cambiará radicalmente, pues al decirle que es una “cosa partida”, nos da la idea de su fragmentación y hasta hibridación con la raza conquistada. En este sentido valdría la pena señalar que sobre la curación Bachelard (1993: 222) refiere:

La esperanza de curación aparece naturalmente ligada al complejo de la fuente de Juvencio. La curación por el agua, en su principio imaginario, puede ser considerada desde el doble punto de vista de la imaginación material y de la imaginación dinámica, para el primer caso al agua se le atribuyen virtudes antiéticas de los males del enfermo. El hombre proyecta su deseo de curar y sueña con la sustancia compasiva. En el caso del segundo es elemental: El agua nos ayuda, por su sustancia fresca y joven, a sentirnos enérgicos.

En *El agua y los sueños*, Bachelard (1993: 15) puntualiza que el agua “es también un tipo de destino, ya no solamente el vano destino de las imágenes huidizas, el vano destino de un sueño que no se consuma, sino un destino esencial que sin cesar transforma la sustancia del ser”. Y en *Duerme*, gracias a la curación indígena o al hechizamiento por el agua, el destino de Claire cambia sustancialmente.

Originalmente la protagonista llega al Nuevo Mundo a buscar fortuna, y no precisamente a suplantar a un Conde ni a cambiar de identidad conforme se encuentra en distintas situaciones. Bachelard menciona que luego de un estudio de las imágenes sustanciales del agua, en la psicología de la “imaginación material”, el agua es un elemento más femenino y uniforme que el fuego, el cual es más constante y simboliza mediante fuerzas humanas más recónditas, más simples, más simplificadoras.

En la novela *Duerme*, la protagonista Claire alude cómo su persona se transforma conforme pasa el tiempo y rápidamente llega a aceptar el agua de los lagos como si fuera su elemento vital: “Deja de escanciarme el agua del cántaro. Mi pecho ha quedado más henchido de ella” (p. 28).

Al respecto, Bachelard (1999: 15) señala:

El agua es realmente el elemento transitorio. Es la metamorfosis ontológica esencial entre el fuego y la tierra. El ser consagrado al agua es un ser en el vértigo. La muerte cotidiana no es la muerte exuberante del fuego que atraviesa el cielo con sus flechas; la muerte cotidiana es la muerte del agua. El agua corre siempre, el agua cae siempre, siempre concluye en la muerte horizontal.

Respecto al sacrificio existen diversas opiniones, como la que Miguel León Portilla (1992: 185) refiere en *Visión de los vencidos*: “En honor a Huitzilopochtli, se empezó a edificar luego, por consejo también de Tlacaélel, un templo mayor, rico y suntuoso. En él se iban a sacrificar numerosas víctimas al Sol-Huitzilopochtli que había llevado a los mexicas a realizar grandes conquistas”. Opinión que coincide con la siguiente: “En lo que hoy es México la creencia de que el Sol necesitaba de alimento humano condujo al sacrificio de miles de víctimas anualmente en los rituales del calendario azteca y nahua del maíz. Los incas restringían sacrificios masivos a la ascensión de un soberano”²

Aunque Carmen Boullosa no señala literalmente el ritual del sacrificio, sí da elementos que los sugieren, podemos relacionarlo con la importancia que tuvo el agua, al ser precisamente la que sustituyó la sangre derramada y que, en el transcurso de la trama, le dará la inmortalidad y fortaleza a Claire. Además, al final de la novela la hermanará definitivamente a una raza ajena a su origen francés:

Para de hablar. Con su piedra filuda abre una pequeña herida en la frente, se pone de cuclillas y con gestos me indica que acomode la cara en su regazo. Ahí vacía el poco de agua que resta en el pocillo, mientras que repite:

“Xeluihqui, xeluihqui, xeluihqui”.

—¿Qué me dice?— Xeluihqui quiere decir “cosa partida”.

[...]

Me pide que me levante, se pone de pie.

Esconde el cántaro en su mantilla de india (p. 29).

² Sacrificio humano en la América prehispanica. Consultado el 30 de mayo de 2008. Disponible en: <http://herenciaespanola.blogspot.com/2007/09/sacrificios-humanos-en-la-america.html>



Sin dejar de lado la red semántica del agua, es conveniente resaltar que durante la narración existen diversas críticas sociales en voz de la protagonista con respecto de los abusos que sufrieron los conquistados, como el momento en que los sirvientes sacan de la casa del conde Urquiza a Claire, quien observa con indignación cómo los indígenas mexicanos destruyen su propio templo para construir el templo cristiano, y también menciona el canal que está muy cerca del palacio Virreinal: "Ya estamos afuera del dormido palacio, a un costado de él, un ejército de hormigas indias levanta el templo metropolitano. Pasando el canal del palacio está el templo mayor de los aztecas" (p. 31).

Y cuando va rumbo a la horca, también se desplazan sobre un canaleta central, y nuevamente se mencionan otros elementos relacionados con el agua: "En la calzada, cabemos con amplitud el carro y el cortejo, sin que quienes vayan en este último se mojen los pies en el canaleta central [...] Los dos pequeños embarcaderos y sus barcas y canoas siguen inmóviles, varadas en el agua" (pp. 32-33).

Durante su ahorcamiento, Claire señala que todo a su alrededor continúa igual, que los pobladores del mercado y la plaza ven su muerte, pero la ven sin dejar de hacer sus actividades, y aunque su cuerpo gira, ella tiene la confianza de que no morirá, tal y como se lo dijo la india que le virtió las aguas de los lagos, así mismo, pareciera que las aguas cobrarán vida en su cuerpo:

Las aguas de los lagos me han salvado. Creo oír dentro de mí sus tímidos oleajes. Aspiro su limpieza y su variedad, no la fetidez que estancada solloza bajo las barcas y las canoas, como si fuera pastura infectada y ellas ganado enfermo. Veo en mis ojos cerrados la ciudad antigua (p. 33).

Pareciera que sus aguas, las aguas que corren por sus venas, permanecen claras, limpias y no como las aguas enfermas, que sollozan bajo las barcas. De igual modo, Miguel León Portilla en la XV parte, titulada "Cantos tristes de la Conquista", menciona la existencia del fragmento de un poema que refiere el mal estado en que se encontraban las aguas de los lagos:

Llorad amigos míos,
Tened entendido que con estos hechos
Hemos perdido la nación mexicana.
¡El agua se ha acedado, se acedó la comida!
¡Esto es lo que ha hecho el Dador de la vida en Tlatelolco! (p. 165)

Las aguas de los lagos juegan un papel preponderante, como la memoria colectiva que nos hace recordar nuestro pasado cultural y nuestro origen. Carmen Boullosa insinúa que gracias a las aguas, Claire sufre un cambio en su persona que le hace ver la antigua ciudad de Tenochtitlán, de pronto se emociona y desea compartir su gusto con la india, quien ayuda a los soldados para que la bajen de la horca, creyéndola muerta:

Pensaba hablarle...
Y del descuartizamiento que hubiera seguido al pánico, ni el agua de sus lagos me podría salvar.
[...]
El agua suena viajando por mis venas como el viento que corre en un pasaje. Su suave paso reviste mi cuerpo y memoria, agrupando todo de manera distinta, las cosas, los sentimientos, las partes de mí misma (p. 34).

Luego del supuesto entierro, en donde ella es velada por una noche y al día siguiente está a punto de ser enterrada, alude a las "raras sensaciones" que le provocan las aguas de los lagos y hace hincapié a las aguas de antes y después de la llegada de los españoles. Claire también explica que una vez que los asistentes al sepelio se retiran, salta de la supuesta tumba del Conde y cae nuevamente sobre la tierra, se ensucia la cara y siente a la tierra como un disfraz o máscara:

Esa máscara me ayuda a sentirme real, a olvidar las raras sensaciones provocadas por el agua de los lagos antes de ser tocadas por la orina, la sangre, la codicia y la mierda extranjeras, el agua que corre por mis venas (p. 45).

En el capítulo tres, titulado "De cómo le fue de india a la francesa", Claire menciona:



Caminamos hacia fuera de México, a donde termina en un lago, que en otros lados termina en tierra firme, hasta que llegamos a donde ellos querían. Al tiempo que llegamos a las barcazas que construyó el Primer Capitán en la Nueva España para vencer la ciudad de los indios, Temixtitán, y que ahora yacen varadas sobre un lodazal que es ya más tierra que agua, a punto de volverse arsénica, porque el lago ha bajado en mucho su nivel en los últimos años, suceden tres cosas (p. 51).

Existen testimonios indígenas que confirman que, efectivamente, Hernán Cortés mandó construir algunas barcas para pelear y adentrarse a la extensa laguna. Miguel León Portilla menciona en *Visión de los vencidos* (1992: 146) las batallas navales entre españoles y nativos de México-Tenochtitlán, precisamente por darse éstas en el espacio de las lagunas: “También dispersan sus barcos los de Tlatelolco. Éstos están en sus barcas en el camino de Nonohualco, en Mazatzintamalco están sus barcas”.

Al ser una novela contextualizada en los límites del México prehispánico y el inicio de la Colonia, las prácticas mágicas y rituales de los indígenas también se mencionan, como en los siguientes párrafos simultáneos que dan cuenta de un sentimiento nostálgico de Claire y Cosme (otro personaje indígena) por el estado en que se encuentra el lago:

Miramos la extensión del lago, en su mayor parte seco, en silencio. Cuando sentimos los pasos de un caballo aproximándose.

[...]

Lo tercero que me acontece es que nos detenemos frente a las barcazas que el Capitán General hizo construir para tomar Temixtitlán por asalto, varadas en tierra seca y Cosme dice:

—No sé, por lo que dices, si el mar me será obediente.

—El agua no obedece a nadie— le digo. El agua me obedece a mí (pp. 51-52, 54).

[...]

Y empieza a hacer gestos con las manos y la cara, y con la boca hace un ruido como si azuzase con señas y sonidos a un perro o a un animal que le fuera fiel. El agua de la laguna, tan retirada de nosotros, al oír su llamado empezó a acercarse más, más, más, más, hasta que levantó a las barcazas y llegó a nuestros pies. Pero decir “acercarse” es equivocado, porque no caminó, sino

que se extendió, creció, tanto que cuando Cosme dejó de hacer gestos y hacer pst, pst pst con la boca, con los ojos veíamos que los márgenes de la laguna llegaban a nuestros pies (p. 55).

Aquí es conveniente resaltar el ruido que antes provocaba el lago, claro, limpio. Bachelard menciona al respecto que “el ruido de las aguas retoma con toda naturalidad las metáforas de la frescura y de la claridad. Las aguas se ríen, los arroyos irónicos, las cascadas ruidosamente alegres, aparecen en los más variados paisajes literarios. Entre risas y esos gorjeos parecen ser el lenguaje pueril de la naturaleza” (p. 56).

Si observamos el seguimiento del agua como elemento vital de los lagos prehispánicos en *Duerme*, la protagonista sigue narrando:

Llegamos a un cercano embarcadero. La de las manos tibias entra en tratos con el de la barca, mientras yo me quedo en pie, oyendo el barullo, viendo tanta gente ir y venir, cuánta es, cuántas voces, aquí parece que hasta las mulas hablan, y eso que hay pocas mulas, que los tamemes llevan en sus espaldas todos los pesos (p. 57).

Dato similar al que Bernal Díaz del Castillo (1955: 280-281) menciona:

Y veíamos el agua dulce que venía de Chapultepec, de que se proveía la ciudad, y en aquellas tres calzadas, los puentes que tenía de trecho en trecho, por donde entraba y salía el agua de la laguna, de una parte a otra; y veíamos en aquella gran laguna tanta multitud de canoas, unas que venían con bastimentos y otras que volvían con cargas y mercaderías, y veíamos que cada casa de aquella gran ciudad, y de todas las más ciudades que estaban pobladas en el agua [...]

[...] y después de bien mirado y considerado todo lo que habíamos visto, tornamos ver la gran plaza y la multitud de gente que en ella había, unos comprando, otros vendiendo, que solamente el rumor y el zumbido de las voces y palabras que allí había sonaba más que de una legua.

Igualmente, Carmen Boullosa señala que sólo van los tres a bordo, si se puede decir a bordo porque el canal estrecho hace



las veces de calle por la que cosas y personas van y vienen, sumadas al ritmo incansable de esta ciudad. También añade que “conforme nos vamos alejando, el agua parece, más agua, nuestra barca, más barca, el viaje, más viaje. Atravesamos los barrios que hay cruzando la traza” (p. 57). Al respecto, me parece pertinente relacionar esta idea de barco y viaje que comenta Bachelard (1993: 123):

Todo lo que la muerte tiene de pesado, de lento, está también marcado por la figura de Caronte. Las barcas cargadas de almas están siempre a punto de zozobrar. Asombrosa imagen en la que la Muerte teme morir y el ahogado sigue temiendo al naufragio.

También, a través de algunos elementos relacionados con las aguas es como Claire señala las marcadas diferencias sociales que existieron durante la Colonia de la Nueva España, donde todo lo bueno era para los conquistadores y sólo lo desordenado para los conquistados: “La ciudad misma donde estoy estancada se divide en dos: los magníficos palacios de los españoles, ordenados, alienados a los lados de las amplias calzadas, y las casuchas en desorden de los indios escondidas tras ellos” (p. 59). Y que al llegar arriba de la escalera:

Alcanzamos una callejuela lodosa y quebrada, de casas indias a medio caer. “Mejor llegar por donde no topemos con nadie”, aunque nos llenemos los pies de lodo, que ya todos sabrán de la muerte de don Enrique” (59).

Del encuentro con Pedro de Ocejo, el poeta de Galicia, empieza a contar que fueron por él a una fiesta que hicieron con motivo del bautismo del hijo del Marqués, y señala que sale con dos criados españoles: “Nos acompañan al embarcadero —no hay ya ni la sombra de la partida de borrachos—, y ahí llamamos la barca que tomaremos nosotros tres, los demás harán las dos leguas por tierra” (p. 62).

Cuando regresan, se desplazan por el lago y al llegar al otro extremo, la mujer de aguas en las venas, se corta con el machete que el poeta se llevó para protegerlas a ella y a la india de las

manos tibias. Se da cuenta que efectivamente, no tiene sangre en sus venas, pues casi se corta los dedos de un pie y ni una sola gota de sangre derramó:

No, no sangro. El agua del canal menea la barca, el poeta me mira. La de las manos tibias me mira también. Contengo el dolor, hago un esfuerzo, dos pasos. Estoy afuera. Me apoyo en el poeta. Le digo al oído: "Me he lastimado, pisé el machete". No sangro. ¿En qué me han convertido las aguas que viajan por mis venas? (pp. 71-72).

Una vez que ella se encuentra convaleciente por la herida que le causó el machete en la barca, se impacienta por no poder vestirse como hombre, pero se siente encerrada, y hasta cree que Cosme tiene razón al decirle que "México es como un barco en mar abierto":

Primero, el pie debe sanarse. Él sana, yo brinco. Ni quien vuelva a verme a pelo en esta ciudad que he llegado a detestar, y si he de morir por irme de aquí, muero. Cosme tenía algo de razón, estar en ella es como ir a bordo de un barco, en mar abierto. Es mi sentina. Es mi prisión (p. 76).

La siguiente narración señala el deterioro en que se encuentran las aguas y los canales de la antigua Tenochtitlan, comentarios que coinciden con algunos testimonios de Miguel León Portilla, así como de las monstruosidades que contra los indígenas se cometían, además de sentirse anclada al Valle de México, por ser parte de las aguas de los lagos.

Mucho cuidado ponen los españoles en sus personas y sus carros, en sus palacios y sus salones, pero muy poco en la ciudad, o será que no la juzgan de ellos y por eso es tanta la porquería en todo sitio y tan triste el estado en que tienen el agua que corre aquí y allá y el de las acequias, y el lodo en las calles de cañerías rotas, de empedrado levantado o que no se ha puesto nunca, que da tristeza (pp. 81-82).

[...]

—No hay monstruos, pero si alguno hubiera, serían los españoles, esquimando esta tierra de indios. Ante ése, mi cuerpo no será arma, ni siquiera defensa. No porque esté crucificada en mi



aspecto de mujer, sino porque estoy atada al Valle, soy su esclava, bien lo dice el sueño, lo he probado en la vigilia. Si dejo seis leguas México, me falta el aire, desespero como pez fuera del agua, me gana un sueño irresistible. Ningún prisionero podría matar al monstruo de indescriptible aspecto (p. 95).

Para Bachelard (1993), las aguas inmóviles o estancadas evocan a los muertos por que las aguas muertas son aguas durmientes. Por lo que puedo relacionar a las aguas de los lagos de *Duerme* como muertas o durmientes, luego de “ser manchadas por las costumbres y suciedades de los españoles”. Refiriéndose al monstruo que supuestamente existe en diferentes partes del mundo, Claire dice:

Aquí no lo puede haber, estoy segura, si no es en mi sueño. Aquí lo que vaga en las noches, o en los parajes donde caminan pocos, es la mujer llorando con el cabello suelto y las ropas revueltas, que va llamando a voces tristes a sus hijos, seguramente muertos por el monstruo que tampoco tiene cuerpo, que es muchos (p. 95).

Esta serie de enunciados nos refiere a la leyenda de *La Llorona*, existente ya en el México prehispánico y afianzada durante la colonia. Para García Peña (2007: 98):

El agua es un elemento persistente en el discurso popular de esta región: las leyendas y relatos orales muestran la construcción del imaginario simbólico que en torno al agua, la tradición ha conformado en la zona a lo largo de los siglos, desde las culturas prehispánicas, pasando por el pensamiento novohispano hasta nuestros días.

La Llorona es el ejemplo de un relato oral que, aunque quizá ya no con la misma fuerza, sigue siendo parte de nuestra tradición. De acuerdo con el *Diccionario de mitología y religión de Mesoamérica* de Yólotl González Torres, en el México colonial y aún en la actualidad, la llorona es una mujer que se aparece en la noche, a veces en las encrucijadas de los caminos, con cabello largo y vestida de blanco, llamando con fuertes llantos y aterradoros lamentos a sus hijos.

También en *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista* (León Portilla, 1992) se habla del sexto presagio funesto: "Muchas veces se oía, una mujer lloraba; iba gritando por la noche; andaba dando grandes gritos: —¡Hijitos míos, pues ya tenemos que irnos lejos! Y a veces decía: —¡Hijitos míos!, ¿a dónde os llevaré?"

La leyenda de la *Llorona* otorga diversos elementos simbólicos: la mujer y una maternidad atormentada, la noche, el agua (lagos, ríos, cauces secos), el color blanco (en la vestimenta y la neblina), la voz y el silencio, la mortandad de los hijos, la plaza mayor, el oriente, el arrodillamiento, las encrucijadas de los caminos, las cuevas, los bosques, la luna, los lamentos. Definitivamente, dicha leyenda es objeto de otro estudio, no obstante no quise dejarla de lado por su estrecha relación con el lago y las aguas en general, y dado que Carmen Boullosa la menciona en *Duerme*.

Retomando el análisis del agua de los lagos en la presente novela, es importante destacar que resulta notorio cuando la narradora cede el relato a Mariano Basso, entonces la protagonista es nombrada como Clara Flor, no ya como Claire: "si Clara Flor se recupera, si sus heridas cierran, si vuelve la sangre a sus venas. Pero no estamos más en palacio" (p. 99). En esta frase considero que existe una relación con el mito del narcisismo que Bachelard menciona, pues no es casual que nombren a Claire como Clara Flor: En el capítulo IV titulado: "Aguas claras, aguas primaverales" Bachelard (1993: 45) refiere:

Pero Narciso en la fuente no está entregado tan sólo a la contemplación de sí mismo. Su propia imagen es el centro de un mundo. Un narcisismo cósmico tiene relación con el narcisismo egoísta: "Soy hermoso porque la naturaleza es hermosa, la naturaleza es hermosa porque soy hermoso".

[...]

Tal es el diálogo sin fin entre la imaginación creadora y sus modos naturales. El narcisismo generalizado transforma a todos los seres en flores y da a todas las flores en la conciencia de su belleza.



Interpretextos

11/Primavera de 2014

También existe relación con otra leyenda importante: la de los volcanes, relato oral que añade que la mujer dormida se quedó esperando a su guerrero Popocatépetl (Bachelard, 1993: 111:

Releo las palabras escritas al final del libro que me han dejado:

(se refiere a la rebelión de indios)

“Ellos tienen la mujer dormida.

La Virgen que sin hacer nada los protege
y nos destruye.

¡Su sueño es nuestra muerte!

Su reposo nuestra destrucción.

Su vigilia nuestra sobrevivencia.

Nuestras cabezas no podrán ver, si existe
en su cuerpo la de ella.

[...]

Quien echarme de Palacio, no se dan cuenta que al hacerlo me uniré al Conde Urquiza (¡bien que existe!, lo sabré yo que lo he reemplazado) y puede que sus indios enemigos, al verlo sin el escudo temible, formado por el agua que corre por mis venas y que ellos en algo reconocerán como de ellos mismos, salten de inmediato a atacarlo (p. 124).

En los últimos capítulos de *Duerme*, la francesa se siente parte de la raza indígena, gracias a las aguas prehispánicas en sus venas:

Una raza que engendra persona tan dura es temible, por decirlo prudentemente. Y yo, ¿no soy acaso también hija de la raza? La única mujer de la vida artificial, la que sólo puede vivir en la tierra de México (p. 25).

Retomando a Bachelard, él considera que el agua es también un símbolo maternal, debido a que el deseo del hombre es que las sombrías aguas de la muerte se conviertan en las aguas de la vida, “que la muerte y su frío abrazo sean el regazo materno, así como el mar, aunque sumerge al sol, lo vuelve a hacer nacer de sus profundidades [...] ¡Nunca la vida ha podido creer en la muerte!” (Todtenbaum: 209, citado por Bachelard, 1993). Podemos notar una relación entre Claire-México-aguas de los lagos prehispánicos, como un círculo indisoluble. El agua también representa un símbolo maternal.

Si bien buena parte de la vida de Claire ocurre en los traslados, barcas y lagunas de los lagos, también es en una barca donde ella y otros personajes salen huyendo, cuando el Virrey se entera de que Claire —su actual consejera—, antes de llegar al Palacio, suplantó al conde de Urquiza, quien fue enviado por él a la horca por traición. En este sentido, se sintió defraudado por la guerrera francesa y antes de que fueran castigados, el poeta, la italiana y la india curandera, huyen junto con Claire desplazándose por el lago a un barrio de indios para salvarse del castigo del Virrey:

Por el vaivén y el ajetreo que lo precedió, sé que vamos en una barca. ¿Qué barrio es éste? Por donde volteo hay canales de agua, y es lo único que veo en este andar sinuoso, que si México es oscuro en las noches, este barrio es oscurísimo, pues algo tienen sus aguas que no reflejan los rayos de la luna (p. 126).

Según Eliade (2001: 184), el agua es el medio por el cual pueden escapar desde los tiempos antiguos: “en numerosas tradiciones míticas los hombres aparecen en la superficie a través de un lago o una fuente, también se desciende al mundo subterráneo a través de los lagos”. Esa idea de escapar de la superficie terrestre se refleja también “en los mitos nahuas tanto antiguos —que el Occidente de México seguramente compartió— como modernos” (p. 104).

Otro elemento interesante es que la raza india se mantiene el más absoluto anonimato. Ellos son limitados a llamarse: Juan(a), Cosme o Inés —la india de las manos tibias—, que nunca revela su verdadera identidad, y es precisamente durante esta huida cuando Claire intenta saber el nombre de quien ella llama madre:

yo no quiero que usted conozca mi nombre para que me deje a mí estar muerta en paz. Usted no guardará nada en el silencio de la tumba. No puede morir. Y si toma de las aguas que le daré tampoco sentirá debilidad cuando la hieran, pero tómelas con prudencia, con cuidado, son lo único que resta de esos otros tiempos (p. 127).



Es reiterativa la forma en que están relacionadas las aguas de los lagos con Claire, pues en una escena ella dice: "Sólo restamos Pedro y yo, escondidos como secos garbanzos. Y el agua que se guarda en los pocillos de barro" (p. 128). O antes de caer ella dormida en el bosque de San Luis Potosí, nuevamente indica al lector cuál fue el fin que tuvieron las últimas aguas que le dio Inés: "Conseguí dos monturas. Enterramos las ollas de barro que contienen el agua de mi salud en el patio de la casa, con el permiso de la mujer que nos ha escondido" (p. 130).

Y al despedirse Claire de Pedro, ella observa y describe, con cierto tono de nostalgia, un México antiguo, un México todavía no conquistado:

Sé que estaré bebiéndolo todo con los ojos, los oídos, el tacto, ávida, temiendo nunca despertar, temiendo que algo me impida volver a esta extraña ciudad fincada sobre lagos y canales, de anchas calzadas y palacios magníficos. Adiós, Pedro de Ocejo, adiós (p. 130).

Conclusiones

Luego de analizar el agua de los lagos prehispánicos en la novela *Duerme* de Carmen Boullosa, observamos la importancia que la autora le otorga a este elemento natural, universal, que da la vida, y gracias a él existen gran cantidad de símbolos. Es importante dar cuenta que, tomando algunos conceptos que Bachelard (1993) relaciona con el agua, en *Duerme* existen elementos semánticos que nos remitieron a la riqueza de sus diversos significados.

La idea de constantes viajes y desplazamientos, evidencia una novela donde el movimiento y la sonoridad están presentes. Las aguas claras han facilitado comprender la estrecha relación con el mito del narcisismo egoísta, lo cual me llevó al interés por algunas leyendas como *La Llorona* y *La Mujer dormida*, sin dejar de mencionar la importancia que en *Duerme* tuvo el ritual del sacrificio, gracias al cual la vida de la protagonista fue transformada, renacida y curada para vivir como un híbrido inmortal, semejante al mosaico cultural que México tiene en la actualidad.

También encontré la relación de Éfeso con Afrodita, mito que es referenciado en uno de los capítulos de la novela (Éfeso: humedad, muerte). Por tanto, el vínculo entre Claire, como agua clara y Pedro de Ocejo, ambos representan la humedad y la muerte, respectivamente.

Heráclito de Éfeso imaginaba que ya en el sueño, el alma desprendiéndose de las fuentes del fuego vivo y universal, tendía momentáneamente a transformarse en humedad. Entonces, para Heráclito, la muerte era el agua misma (Boullosa, p. 91).

En *Duerme*, el agua de los lagos es un componente indispensable para la protagonista, como lo es el agua para “la garganta de un polluelo sediento”. El agua dulce será siempre en la imaginación de los hombres un agua privilegiada. La impresión de dulzura que puede recibir una garganta sedienta o una lengua seca es muy clara.

Sobre la relación del agua y las curaciones podemos concluir que las tradiciones antiguas sobreviven a los tiempos modernos. Al igual que en tiempos pasados, Claire se cura por las aguas de los lagos prehispánicos —preparada para sobrellevar las injusticias de la conquista y colonia— y adquiere la inmortalidad para buscar un futuro utópico: hacer que México recupere su paraíso perdido y hable el idioma náhuatl, como sugiere al final Carmen Boullosa.

Finalmente, compartimos la idea de Gastón Bachelard (1993) quien menciona que la liquidez es un principio del lenguaje, pues el lenguaje debe estar henchido de agua. El agua es también un modelo de calma y silencio. El agua dormida y silenciosa pone en los paisajes, como dice Claudel “lagos de canto”. El agua vive como un gran silencio materializado, de todos los elementos, es el más fiel “espejo de las voces”.³

³ Tristan Tzara (1932), *Où boivent les Loups*, p. 151.



Bibliografía consultada

- Bachelard, G. (1993) *El agua y los sueños*. México: FCE.
- Boullosa, C. (1994) *Duerme*. México: Alfaguara.
- Cirlot, J. E. (1995) *Diccionario de símbolos*. Colombia: Quito.
- Díaz del Castillo, B. (1955) *Historia verdadera de la conquista de México*. México: Porrúa.
- García Peña, L. L. (2007) *Etnoliteratura*. Principios teóricos para el análisis antropológico del imaginario simbólico-mítico. México: Universidad de Colima.
- León Portilla, M. (1992) *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la Conquista*. México: UNAM. Biblioteca del estudiante universitario.
- Matos Moctezuma, E. (1967) *México prehispánico y colonial*. México: Grijalbo.
- Mircea, E. (1992) *Imágenes y símbolos*. Madrid: Taurus.

Recepción: junio de 2013
Aceptación: octubre de 2013

Abelina Landín Vargas

Correo electrónico: abelandin@ucol.mx

Mexicana. Maestra en Literatura Hispanoamericana por la Universidad de Colima. Actualmente es profesora en la misma Universidad y editora de la revista *Interpretextos*.